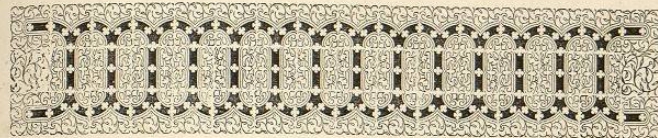


nos rodean y acompañan, penetrará los cielos, llegará hasta el Verbo encarnado, y, en virtud de los méritos del sacrificio que por el género humano ofreció en la cruz, nuestras culpas serán perdonadas en el sacramento de paz, y la lepra que afeaba y manchaba nuestro corazón quedará instantáneamente curada, pasando nosotros, de hijos de ira que antes éramos por la culpa, á ser hijos predilectos de Dios, sin que haya poder alguno, ni en el cielo ni en la tierra, que pueda arrebataros tanta dicha, ni prevalecer contra la soberana voluntad que tiene ofrecido no abandonarnos mientras no nos separemos nosotros de su divino amor.

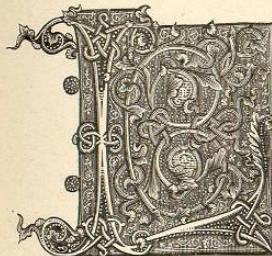


VI

LAS RESURRECCIONES

Lázaro.—La Resurrección universal.—Caifás, el Ciego de Jericó, Zaqueo, la Magdalena y Judas.

L Á Z A R O

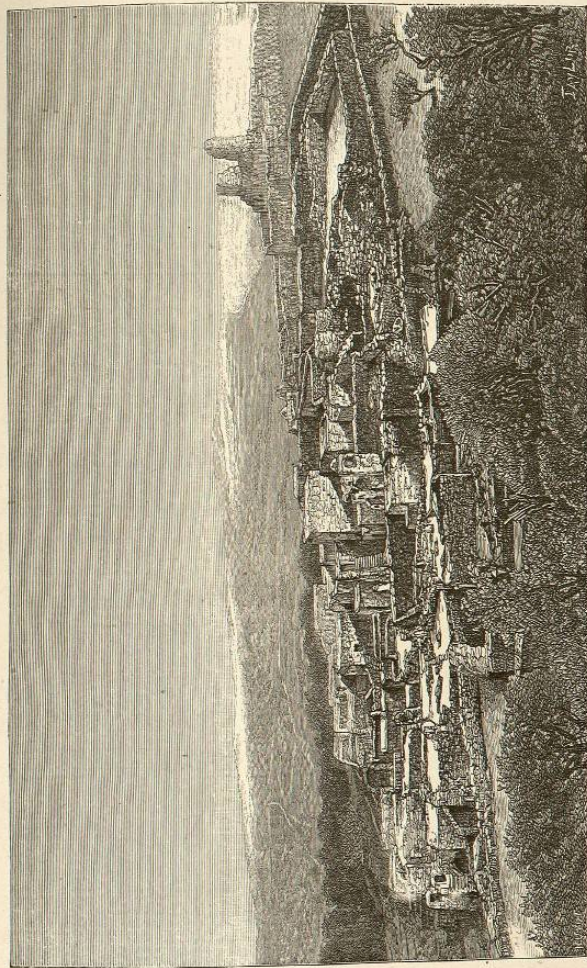


Racional de Guill.
Durand, ms. del siglo XIV. Bibl. de
M. Ambr. Firmin-Didot.

LÁZARO se llamaba el hermano de María Magdalena y su hermana Marta, y todos los tres habitaban en Bethania, aldea próxima á Jerusalén. Lázaro cayó enfermo y guardó cama, y sabiendo sus hermanas que Jesús les amaba, enviaron á llamarle por medio de esta súplica: «*Señor, aquel á quien Vos amáis está enfermo.*» Cuya plegaria reúne todas las condiciones de la perfecta oración, pues, como la de la Cananea, se limita á exponer sencillamente la necesidad, acompañándola de una firme confianza en Dios, que todo lo puede. Jesús, conociendo todo lo que había de suceder, respondió que la enfer-

medad de Lázaro no era de muerte, sino que estaba encaminada á la gloria de Dios y á fin de que el Hijo de Dios fuese en ella glorificado; y permaneció todavía dos días en el mismo lugar, después de los cuales dijo á sus discípulos: «*Volvamos á Judea.*» Y ellos, asustados, dijeron: «*Maestro, mirad que los judíos os buscan para apedrearos; y aún así ¿volvéis á ellos?*» Jesús les respondió que debía emplear el tiempo para cumplir su ministerio; y hablando en el nombre de la Santísima Trinidad, y anunciando una obra de Dios, añadió: «*Lázaro, nuestro amigo, está durmiendo; pero yo voy allí para sacarle del sueño.*» Los discípulos creyeron que en estas palabras se hacía alusión al sueño natural y ordinario, y contestaron que, si Lázaro estaba dormido, él despertaría y vendría; pero Jesús entonces explicó la naturaleza del sueño, y les declaró terminantemente que Lázaro había muerto, y que por bien de ellos se alegraba de no haber ido á casa de él, para que así creyesen con lo que había de suceder, y seguidamente se pusieron en camino para ir allí. En esa ocasión fué cuando Tomás, creyéndose, como más tarde sucedió á Pedro, más fuerte en la fe de lo que realmente estaba, dijo á los demás Apóstoles: «*Vamos también nosotros para morir con él.*»

Cuando Jesús llegó á casa de Lázaro hacía ya cuatro días que había muerto y estaba ya enterrado, pues falleció mientras que el enviado por sus dos hermanas iba á participar su enfermedad á Jesús. Conforme á la costumbre establecida entre los



Lamina 80.—Vista de Bethaniam, situada á la falda del monte de las Olivas; estado actual, conforme á una fotografía. En sus viñes de Galilea á Jerusalén, Jesús gustaba detenerse en Bethaniam, en donde se hospedaba en casa de Lázaro y sus hermanas Marta y María, y todavía se ve en la población la casa de Lázaro y la sepultura que le fué abierta en una roca.

judíos después de su vuelta del cautiverio de Babilonia, luego que fallecía una persona, era conducido su cadáver, envuelto en ligaduras, al sepulcro; pero éste no se cerraba de seguida, porque los parientes y amigos del difunto debían ir dos veces al día á orar y hacer sufragios por él hasta que en su cara se presentasen las señales de descomposición; y en esa forma se habían hecho y cumplido los funerales de Lázaro, en medio de gran concurrencia de amigos y de otras gentes, por razón de que Bethania no dista más que una legua de Jerusalén. Todos esos amigos estuvieron acompañando á Marta y María junto á la sepultura de su hermano, y fueron testigos de que el cadáver había entrado en estado de descomposición; y por esa razón se había ya extendido el sudario para cubrir la cara, que hasta que principió la fetidez había estado descubierta, y todo el mundo se había retirado ya del lugar de la sepultura, y ésta había sido cerrada también con una gran losa.

Cuando Marta supo que llegaba Jesús, al momento salió á recibirle, y María se quedó en su casa, ó bien por ignorar la llegada del Señor, ó bien para cumplir con los deberes y costumbres del luto y de hospitalidad. Al ver Marta á Jesús, le dice afligida estas palabras : «*Señor, si hubierais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto; pero aun ahora, yo bien sé que Dios os concederá todo lo que le pidáis.*» En cuyo lenguaje expresaba Marta una fe débil y poco coherente, y parecía dar á entender que no comprendía cómo los amigos del Señor pu-

dieran estar expuestos al dolor y á la muerte. Jesús, para consolarla, la dijo que su hermano resucitaría, y ella replicó que ya sabía que resucitaría el último día (el día del juicio). Jesús, con el fin de aumentar en Marta la fe y de fortalecerla con ella, y además, para hacerla conocer que Él no tenía necesidad de pedir nada, la dijo estas palabras : «*Yo soy la resurrección y la vida; aquel que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees tú esto?*»

Antes de esa ocasión ya se había visto al Salvador exigir la fe de otras personas cuando éstas le pedían alguna gracia para otros, lo que se comprende fácilmente, porque todos los miembros de la Iglesia están unidos en un mismo cuerpo moral, y así deben los unos trabajar y auxiliar á los otros, y en eso consiste la Comunión de los Santos. Á la pregunta que Jesús hizo á Marta, respondió ésta con un acto de fe teológica explícita y perfecta, diciendo : «*Si, Señor, creo que Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que habéis venido á este mundo.*» Y al momento se fué á su casa y avisó secretamente á su hermana que el Maestro preguntaba por ella, por lo que María se apresuró á ir á encontrarle en el lugar que Marta la había designado; y tan luego como le vió, se echó á sus piés y le dijo : «*Señor, si Vos hubierais estado aquí, no habría muerto mi hermano.*» Y viéndola Jesús llorar, así como también á los judíos que la habían acompañado, se estremeció en su espíritu, y por su propia voluntad sintió alguna turbación, dejándose afectar de las impre-

siones que su humanidad podía experimentar en presencia de la aflicción y del dolor de una familia á quien amaba.

Pasado ese momento, preguntó que dónde habían puesto á Lázaro, y los que estaban presentes respondieron que fuera y lo viera, y le enseñaron el lugar; al llegar á él, Jesús lloró; y los judíos, al verle así, decían : « ¡Mirad cuánto le amaba! » Y otros se preguntaban á sí mismos : « ¿No podía Él haber evitado que muriese, ya que ha podido abrir los ojos al ciego de nacimiento? » Aquí el Evangelista, según observa San Cirilo, refiere con una especie de aturdimiento las lágrimas de Jesús, las cuales, según otros intérpretes de la Sagrada Escritura, caían de sus divinos ojos como las de los demás que estaban presentes y lloraban; pero no venían del mismo origen ni por el mismo motivo. Para Jesucristo, era Lázaro en el sepulcro la representación del género humano muerto por la culpa y descompuesto y aún enterrado en orden á todo lo que se refiere al orden sobrenatural, del que había caído y al que no podía elevarse por sus propias fuerzas; y al considerarle en tan triste estado, llora, movido de compasión, y siente que la criatura tan excelente y destinada á una doble inmortalidad se vea esclava de una doble muerte.

Así, pues, sintiendo nuevamente la impresión de su dolor, se acercó al sepulcro, que era una concavidad cerrada por una piedra, y mandó que se quitase ésta. Marta advirtió que se sentía ya mal olor, porque era el cuarto día del sepelio, y Jesús la



LA RESURRECCION DE LAZARO
 Pintado en la Iglesia de la Anon, en Friburgo, Suiza. XIV. — Este, según se afirma, es el Lázaro, que á los tres días de haber estado muerto volvió á vivir y, como dice el Evangelio, abrió los ojos al ciego de nacimiento.

... que su humanidad podía experimentar en presencia de la agonía y del dolor de una familia á quien amaba.

Pasado ese momento, preguntó que dónde habían puesto á Lázaro, y los que estaban presentes respondieron que fuera y lo viera, y le enseñaron el lugar; al llegar á él, Jesús lloró, y los judíos, al verlo así, decían: «*Mirad cuánto le amaba!*» Y otros se preguntaban á sí mismos: «*No podía Él haber evitado que muriese, ya que ha podido abrir los ojos al ciego de nacimiento?*» Aquí el Evangelista, según observa San Cirilo, refiere con una especie de aturdimiento las lágrimas de Jesús, las cuales, según otros intérpretes de la Sagrada Escritura, caían de sus divinos ojos como las de los demás que estaban presentes y lloraban; pero no venían del mismo origen ni por el mismo motivo. Para Jesucristo, era Lázaro en el sepulcro la representación del género humano muerto por la culpa y descompuesto y aun enterrado en orden á todo lo que se refiere al orden sobrenatural, del que había caído y al que no podía elevarse por sus propias fuerzas; y al considerarle en tan triste estado, llora, movido de compasión, y siente que la criatura tan excelente y destinada á una doble inmortalidad se vea esclava de una doble muerte.

Así, pues, sintiendo nuevamente la impresión de su dolor, se acercó al sepulcro, que era una concavidad cerrada por una piedra, y mandó que se quitase ésta. Marta advirtió que se sentía ya mal olor, porque era el cuarto día del sepelio, y Jesús la



LA RESURRECCION DE LÁZARO

Fresco de Giotto, en la Iglesia de la Arena, en Padua. Siglo XIV. — Jesús grita en alta voz: «Lázaro, ven!» Y en el mismo instante el que había estado muerto salió, los pies y manos atados, el sudario sobre el rostro. Jesús les dijo: «Desatad y dejadlo ir.»

contestó : «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»

La piedra fué quitada, y levantando Jesús los ojos al cielo, dijo : «Padre mío, yo os doy gracias por haberme escuchado; y para mí, ya sabía que Vos siempre me oís; pero digo eso para estas gentes que me rodean, á fin de que crean que sois Vos quien me ha enviado.» Y de seguida gritó con fuerte voz, diciendo : «Lázaro, sal fuera.» Y en el mismo momento, el que estaba muerto salió del sepulcro, teniendo aún las ligaduras en los piés y en las manos y el sudario sobre la cara, y Jesús dijo á los que allí estaban que le desligasen y le dejasen andar.

¡Qué palabras tan eficaces y omnipotentes y qué obra tan asombrosa! San Juan Crisóstomo hace notar el arte y manera misericordiosa con que Jesús oculta y hace brillar al mismo tiempo su divinidad, pues ruega y da gracias á su Padre, y manifiesta que, áun cuando sabía que le escuchaba, y, por lo tanto, que no tenía necesidad de pedir, lo hacía así por bien de aquellos fieles y por compadecerse y acomodarse á su humana condición, no teniendo en cuenta su dignidad de Hijo de Dios, sino la salud y felicidad de los hombres; y así pone de manifiesto todos los actos de humildad y bajeza, y oculta todo lo que lleva el carácter divino y que podía reportarle prestigio y honor. Cuando salen de sus labios estas augustas palabras : «Yo soy la resurrección y la vida—Lázaro, sal fuera,» es preciso reconocer en Él al Verbo increado y la voz del Omnipotente, que

vida física, y por la unión incomparablemente superior y más perfecta de esa alma con Dios se realizaba la vida espiritual; y mientras que el alma anima é informa al cuerpo, Dios vivifica al alma; y como procedente todo de Dios, todo estaba dotado de la inmortalidad, y todo lo perdió el hombre á la vez desde el momento en que por la desobediencia se separó de Dios. El alma separada de Dios muere, como muere el cuerpo separado del alma, pues, aunque después de la ruptura é ingrata separación, queda alguna especie de vida, es más bien para continuar muriendo que para elevarse al estado que se perdió por tan funesta caída, con la que la doble vida de que antes gozaba el hombre fué reemplazada por una doble muerte. Pero Dios se compadeció de la obra de sus divinas manos, y Jesucristo, más poderoso que la muerte, vino á reparar tan lamentable desastre.

La hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naim y Lázaro no son solamente los tres muertos que fueron resucitados por Jesús, pues, según San Agustín, otros muchos cadáveres volvieron á entrar en la vida por virtud del Salvador, y no se hace mención más que de tres, porque las circunstancias de cada uno indican suficientemente las tres clases en que pueden considerarse divididos todos los pecadores y los medios que se les han dado para que puedan resucitar á la vida de la gracia.

La hija de Jairo muerta, pero permaneciendo en la casa paterna, es la imagen del pecador oculto, de cuya muerte espiritual nadie sospecha ni tiene noticia. El hijo de la viuda, que es-

taba ya fuera de la ciudad y era conducido al sepulcro, significa el pecador público que se ha resuelto ya á llevar una vida de escándalo. Lázaro metido en el sepulcro después de cuatro días, y ya en estado de descomposición, representa al pecador endurecido y obstinado, hecho un objeto de horror para el mundo, horrible para sí mismo, desesperado bajo la opresión de los vicios y bajo el peso del hábito en pecar.

La joven doncella que espira en la casa de su padre es resucitada fácilmente y como por vía de recreación. Labios divinos la mandan que se levante, y ella obedece y vuelve á la vida casi antes de que su padre y su madre pudieran considerarla como perdida. Los Apóstoles, que representan la Fe, la Esperanza y la Caridad, son también figura de la gracia, todavía quizá inactiva y aún perdida, pero no por eso desterrada. El descaró y audacia no han arrojado aún del alma los buenos pensamientos, ni el hábito ha podido todavía llegar á ella con su sagaz influencia; y por más que pecar siempre significa lo mismo que morir espiritualmente, sin embargo, dice San Agustín, es distinto pecar una vez y pecar siempre; y el perderse la vida sobrenatural tan repentinamente por la culpa es para enseñarnos que el pecador que se arrepiente puede volver con tanta ó mayor prontitud á la vida. Aquel pecador que aún no está envuelto en el hábito del pecado no está tampoco enterrado. Arrojad, dice San Gregorio, de las inmediaciones de vuestro corazón la multitud de afecciones desordenadas, esos pasatiem-

pos de juegos, cantos y bailes, y esas adulaciones que llegan á vuestros oídos, y que mientras os prometen tantas felicidades y alegrías, no hacen, en realidad, más que entonar los cantos fúnebres de vuestra muerte; y entonces, no encontrándose obstáculo alguno ni resistencia en vosotros, Jesús os cogerá de la mano y resucitaréis con júbilo, como el hombre que duerme y se despierta bajo la suave impresión de la mano de su amigo. Levantaos, por tanto, y andad, y, como prueba de que estáis convertidos, debéis caminar con más energía y mayor vigor que antes; comed y tomad sanos alimentos, porque Jesús, después que hubo resucitado á la joven doncella, también ordenó que se la diese de comer; todo lo cual prueba, como observa el venerable Beda, la condición en que se halla el pecador que está simbolizado en la hija muerta de Jairo, porque puede conseguir muy fácilmente la reconciliación y el ser admitido á la mesa eucarística.

Sin embargo, pocos son los pecadores que se aprovechan de esa gracia tan grande ofrecida á todos; y la mayor parte, por el contrario, se vuelven contra Dios, ó quizá, como los de Sodoma, tienen á gloria el pecar. Esos están fielmente representados en el difunto sacado de la ciudad y presentado en campo raso con todo su repugnante aspecto y degradado por un sueño mortal. Nuestra Madre la Iglesia, como la viuda de Naim, sigue llorando esos hijos que el pecado ha arrebatado á su maternal cariño. Quizá para algunos, la pompa de ese cadáver, in-

solentemente y con tanta publicidad recostado y tendido en los vicios que le conducen al sepulcro, no sea un espectáculo triste que les asuste, sino que le miren más bien como un triunfo que ellos envidian; y desgraciadamente la Iglesia ha visto muchos de sus hijos que han seguido caminos tan extraviados y dado escándalos tan públicos; pero, en vez de alegría y envidia, no han sido para ella más que otros tantos motivos de lágrimas y de aflicción; y lo sensible y doloroso es que haya hijos tan crueles y desnaturalizados que se complazcan en atribular y atormentar á su tierna y bondadosa madre. Á esa clase pertenece el pecador público, el cual se revela y se da á conocer como tal en su ejemplo, en sus palabras y en sus acciones, y destruye por donde pasa el pudor y ultraja el santo nombre de Dios. ¿Quién podrá, pues, resucitarle y levantarlo de tanta degradación? El mismo Dios que ha resucitado al hijo de la viuda, el mismo Dios que oye nuestras plegarias, que ve nuestras lágrimas, que no quiere que la muerte haga tantas víctimas para el abismo, y que se constituye en obediente y sumiso á los que le aman y le temen, hasta el punto de concederles la salud que le piden para los que le niegan y aborrecen; ese mismo Dios clemente y misericordioso es el que puede convertir en piedra viva de edificación á los grandes pecadores, que han sido antes piedra de perdición y de escándalo.

Sin embargo de eso, Jesús, en el modo observado para devolver la vida al hijo de la viuda, nos hace comprender que son

necesarios más esfuerzos y que ofrece más dificultades la conversión del pecador público que la de aquel cuyas culpas están ocultas. Compadecido Jesús y conmovido por las lágrimas de la afligida viuda, se acerca al ataud, le toca de una manera misteriosa, detiene á los que le conducen, dando á entender que su intervención quita á los vicios su poder y maligna influencia, y, últimamente, dice al difunto que se levante, á cuyo mandato el cadáver recobró la vida, se levantó, principió á hablar, pero permaneciendo sentado en el ataud, y fué preciso que Jesús le ayudase para que pudiera salir de él, y entonces Él mismo se le entregó sano á su madre.

Se ve por ese procedimiento que allí donde la muerte es más profunda, allí también está más perdida la esperanza de volver á ver la vida, porque en ese caso no es solamente la vida la que está extinguida, sino que hasta se ha mudado y descompuesto la forma del cuerpo encerrado en el ataud. Así, pues, el cadáver de que nos habla el texto sagrado, que llevaba cuatro días en el sepulcro, que había sido sacado de su casa, conducido públicamente por las calles de la ciudad, enterrado después y llegado ya al estado de putrefacción, representa admirablemente al pecador endurecido y de tal modo encenagado y ligado en el hábito detestable de los vicios, que parece imposible el que pueda sentir ni aún el más ligero deseo de salir á la vida espiritual; y en caso de que pase por su corazón algún deseo, será tan débil como el pálido rayo de luz que pudiera penetrar

la losa del sepulcro que pesa sobre él, y, por lo tanto, ineficaz para que haga movimiento alguno. En ese estado, el pecador se abandona y desespera, y ahí concluye todo lo que él hace de suyo. San Bernardo, gran moralista, como lo fueron todos los santos, señala los grados de esa caída en la ceguedad y obstinación: la familiaridad con el pecado, dice, pasa á ser hábito de pecar, el hábito pasa á ser una necesidad, la necesidad se hace una imposibilidad de enmendarse, la imposibilidad engendra la desesperación, y la desesperación tiene por término la condenación. La descomposición de la conciencia en un alma vencida no se ejecuta sin pasar por horribles dolores. Algunos hay que se vanaglorian en el exterior, é interiormente tiemblan de inmenso terror, y quisieran poder arrancar ese tormento que acibara sin cesar su existencia; y por más que delante del mundo se presenten con mucha arrogancia, en el fondo de su corazón la fe vive aún, si bien bajo la pavorosa forma del temor. Se les habla de su salvación, y se burlan primero, vacilan después, y finalmente dicen que no pueden salvarse; y efectivamente, ellos no pueden por sus propias fuerzas, y sólo tienen la funesta potencia de hacer más hondo su sepulcro.

Mas lo que ellos no pueden, lo puede y quiere Jesucristo; y cuando los pecadores le llaman en sus plegarias, acude; y cuando lloran, se conmueve y compadece de sus lágrimas; y cuando creen, promete á su fe un milagro. ¡Señor, si Vos hubierais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto! ¡Señor, Vos sois la

resurrección y la vida! ¡Señor, venid y mirad el sitio donde le han colocado! Estas oraciones de los santos y las obras buenas de que están acompañadas son otras tantas manos fuertes y poderosas que levantan la piedra del sepulcro para que el pecador salga á la vida. La caridad de las almas fieles y las grandes y fecundas virtudes que se practican en la Iglesia quebrantan y rompen la cerradura, hacen penetrar el aire puro y la hermosa luz en el sepulcro hediondo, y entonces el que yacía allí detenido por el pecado, el cautivo, el muerto, concibe un deseo saludable de salvarse y de respirar una vida sobrenatural. Al momento Jesús se aparece á él, le mira, eleva su voz y le dice: «*Lázaro, ven afuera.*» Y Lázaro sale del sepulcro envuelto en su mortaja, y el vendaje oprime fuertemente su cuerpo con tres lienzos doblados y empapados en aromas; del mismo modo oprime sus piés y sus manos, y su cara está todavía cubierta con el sudario. Cuando vosotros, dice San Agustín, despreciáis el llamamiento divino, caéis en el sepulcro, y salís fuera de él cuando confesáis vuestras culpas. El que os llama es Dios elevando su voz como una gracia especial; pero el muerto que se levanta está todavía ligado, como el penitente es todavía culpable hasta que no se rompan las ligaduras con la saludable eficacia de la absolución; y por eso mandó Jesucristo á sus discípulos que quitasen á Lázaro las vendas con que estaba ligado y le dejasen andar. Los ministros del Señor, por medio de la absolución sacramental que dan al penitente dignamente dispues-

to, le desligan de sus pecados, y queda desligado tanto aquí en la tierra como en el cielo. Jesucristo, dice Alcuino, resucita, porque Él es quien da la vida interior, y los discípulos ejercitan el ministerio que les ha sido dado por el divino Maestro para desatar visiblemente en el sacramento los lazos con que estaba oprimido el pecador.

LA RESURRECCIÓN UNIVERSAL

El dogma de la resurrección universal de los cuerpos está ya preanunciado y establecido en la resurrección de Lázaro, porque muy bien podrá hacer Dios con todos lo que ha hecho con él solo, y quien ha dado vida al cadáver que estaba ya sepultado hacía cuatro días y que ya corrompía, podrá del mismo modo resucitar á todos los muertos desde Adán hasta nuestros días y á los que mueran hasta el fin del mundo; y cuando Jesús lloró en el sepulcro de Lázaro, no lloraba por Lázaro, que había de renacer á la vida, sino por el género humano, condenado por el pecado á caer bajo el dominio de la muerte. Sus lágrimas, su turbación y los movimientos no acostumbrados de su alma tan inocente y tan santa, nos advierten y comunican un acontecimiento más grandioso y solemne que otras de sus acciones ya ejecutadas. Efectivamente, se trataba y eran como preludio de una victoria definitiva y de la consumación de todo, la destrucción del espíritu del mal, la abolición de la muerte,